

sas ocasiones de remediar lo pasado, y hacer propósitos para el porvenir. Habiéndose librado milagrosamente, se dedicó á recoger los niños que quedaban huérfanos por efecto de aquellas guerras y de aquel hambre; recorrió las islas venecianas buscándoles y reanimando la caridad, y en breve se fundaron en todas partes hospicios para refugio é instruccion de los abandonados, y enmienda de las pobres extraviadas. Posteriormente se unió con otros amigos de sus mismas ideas para fundar en Somasca (1531) otros clérigos regulares, cuya obligacion era instituir en las letras, en los oficios y en las virtudes. Al mismo tiempo (1540) Juan de Dios, soldado portués, que se hallaba en medio de las locuras de un mundo que no le comprendia, abrió en Granada para curar á los enfermos una casa que llegó á ser un vasto hospital. Sus discípulos fundaron otros asistiendo á los pobres ellos mismos, y formando una orden llamada los *Haced bien, hermanos*, porque esta era la exhortacion que les hacia por única regla. La congregacion de la Doctrina Cristiana estuvo por algun tiempo unida á la de los somascos, y despues se separó: fué fundada (1592) por César de Bussi, Milanés que nació en Francia, y se ocupó en catequizar á los pobres.

Calasanz.

Para reformar en España á los Agustinos, se nombró una junta de que fué secretario el caballero José de Calasanz, que habiendo sido arrancado de sus solitarias oraciones para ayudar á los obispos, fué de misionero á los Pirineos, que se hallaban poblados de facinerosos y con un clero avaro é ignorante; creó alhóndigas, montes de piedad y dotes para las jóvenes; fué luego á Roma, no para obtener capelos verdes ni encarnados, sino para meterse en los hospitales y prisiones; recogia á los hijos de los pobres llevándolos á la escuela, de donde provino (1548) una congregacion que á sus votos añadió el de instruir gratuitamente á los niños; y Gregorio XV la elevó á orden regular (1621) con el nombre de Pobres de la Madre de Dios de las escuelas pías.

1537.

Sor Ángela de Brescia, natural de Desenzano (1511), que entró en la orden Tercera de San Francisco á los veintiseis años, dijo que Dios la habia mandado formase una nueva asociacion, y reuniendo setenta y tres compañeras de las primeras casas de aquella ciudad, las puso bajo la proteccion de Santa Úrsula; debiendo permanecer en el seno de sus familias, buscar á los desgraciados para socorrerlos, visitar los hospitales y á los enfermos y educar á las niñas. Las fundadoras comprendieron que hacian una revolucion, y decian: « Es necesario innovar el mundo corrompido por medio de la juventud: las niñas reformarán á sus familias, las familias á las provincias, las provincias al mundo: » por lo demas no tenian austeras reglas ni contemplaciones; tomaban por modelo á Santa Marta la solícita; y la señora Santa Beuve que las introdujo en Paris

en 1594, era amante de la vida, le agradaba la alegría y no lo disimulaba. Tenia tanto olor de santidad aquella admirable institucion de caridad y beneficencia, que San Carlos acogió mas de cuatrocientas hermanas en su diócesis: Francia tenia en 1668 trescientas doce casas de su orden, y luego se difundió no solo en Europa, sino tambien al otro lado del Atlántico, causando admiracion con su milagrosa caridad á los salvajes del Canadá, donde predicaban el Evangelio lo mismo que en la capital de Francia y de Inglaterra.

La caridad encontró un magnánimo campeón en Vicente de Paul, hijo del pueblo francés. Apareció en el tiempo en que las guerras de religion habian desolado su hermosa patria; y al paso que los reyes con sus soldados multiplicaban sus dolores, él con su Cristo se dedicó á mitigarlos, excitando la beneficencia de los ricos, y recogiendo dinero, herramientas y alimentos para que los trabajadores volviesen á la vida y á sus ocupaciones. Recogió muchos expósitos, hijos de padres miserables ó viciosos y los puso al cuidado de las Hermanas de la Caridad, á quienes hizo olvidar su diligencia en asistir á los enfermos, y ser madres segun Jesucristo de aquellos niños, á quienes habian abandonado sus madres segun la carne (1). Luisa de Marillac fundó las Hermanas de la Caridad, piadosas señoras, que solian ir en número de treinta ó cuarenta á los campos de batalla, á las ciudades sitiadas, y hasta á los países extranjeros para socorrer á los enfermos, como sucedió en la peste de Varsovia de 1652 (2). Despues se lanzó á las prisiones y las galeras para socorrer á aquellos malvados á quienes la sociedad rechazaba, y cambiar la sentina del castigo en escuela de moralidad. Informado de la desgraciada condicion á que la guerra habia reducido á la Lorena, determinó reparar aquellos males, y limitando los gastos de su congregacion á los meramente necesarios, envió allí todas las limosnas que pudo recoger. Tal era la miseria que reinaba, que aun las jóvenes de alguna categoría no tenian medio de prolongar su vida sino vendiendo su honor; las monjas rompian la clausura para buscar pan; los curas desfallecian de hambre con sus feligreses ó se unian á los arados á falta de bueyes: ¿qué mas? las madres no solo rechazaban á sus hijos sino que se los comian. En medio del dia andaban los lobos por los campos desiertos, devorando á los hombres despues que estos habian devorado sus caballos y sus perros; y

(1) Hablando Napoleon de las Hermanas de San Vicente de Paul dice: « Estas sí que son instituciones útiles. Habladme de tales sacrificios, y no de vuestros filántropos que cacean mucho y no hacen nada. »

(2) « Peut-être n'est-il rien de plus grand sur la terre que le sacrifice que fait un sexe délicat de la beauté et de la jeunesse, souvent de la haute naissance, pour soulager dans les hôpitaux ces ramas de toutes les misères humaines, dont la vue est si humiliante pour l'orgueil humain et si révoltante pour notre délicatesse. Les peuples séparés de la communion romaine n'ont imité qu'imparfaitement une charité si généreuse. » VOLTAIRE, *Essais sur les mœurs*.

San Vicente de Paul. 1576-1660.

esto no sucedia solo en el campo, sino tambien en las mejores ciudades, como Metz, Toul, Verdun, donde todas las mañanas se recogian diez ó doce personas muertas de hambre.

Vicente, con su incansable caridad é inagotables recursos, halló medio de mandar á aquellos lugares un millon y seiscientos mil francos, él, que de por sí no tenia ni un céntimo siquiera, valiéndose de misioneros, los cuales no podian llegar allá mas que pasando por medio de los asesinos y los Croatas, para recoger niños, curar enfermos, buscar nodrizas, distribuir pan y sopa hasta á 600 pobres por día, y en alguna ciudad á mas de mil, dándoles al mismo tiempo la instruccion debida á sus almas. Entretanto él iba por Paris llamando á las duras puertas de las casas mas ilustres, é inducia á la reina á que diera sus tapices, como hicieron otras señoras de calidad. Y luego cuando la continuacion de la guerra impelió á los habitantes de aquel país á dirigirse en tropel á Paris, él los acogió y los alimentó, colocando á las mujeres junto á las señoras, buscando para los hombres instrumentos y útiles rurales á fin de que pudiesen cultivar el terreno; á las personas de distincion les procuraba socorros de los nobles, que se animaban al ver que aquel no dudaba en poner á su congregacion en el caso de no saber cómo habia de vivir al día siguiente. Los reyes llevaron los males de la guerra por el Artois, la Picardía y la Champagne, que fueron reducidas á la desolacion y á la miseria, y Vicente llevó tambien su caridad: al darse despues tregua á la destruccion, redobló su celo asistiendo á los mas miserables y animando los espíritus á quienes la desesperacion habia arrastrado á la impiedad; y presentándose á Richelieu le dijo: « Monseñor, dad la paz á Francia y á sus desoladas provincias, » tened piedad de tantos desventurados conciudadanos »

En 1625 habia fundado en Paris la congregacion de la Mision, ó de los Lazaristas, compuesta de clérigos seculares, que hacian voto de permanecer en la comunidad para consagrar su vida entera á la salvacion de los pueblecillos pobres, y procurar buenos curas párrocos. Durante ocho meses del año iban por todas partes predicando, confesando, instruyendo á los niños, poniendo la paz, administrando justicia, aliviando á los pobres y enfermos, y concluian con una comunión general. Jamas debia su superior sentarse á la mesa sino entre dos mendigos, y decia á los suyos: « Nosotros somos los sacerdotes de los pobres; Dios nos ha elegido para su alivio; este es nuestro principal deber; lo demas es puramente accesorio. » Y en breve tuvieron establecidas veinticinco misiones, que poco á poco llegaron hasta ochenta y cuatro. No se limitaron á Francia, sino que se difundieron por la Córcega, que se hallaba despedazada á causa de desenfrenadas venganzas; y por Italia, donde especialmente el Piamonte, el Genovesado y la Romanía ofre-

cian demasiada materia á su celo. Los pastores que guiaban los ganados por la comarca de Roma y por los valles del Apenino se hallaban durante muchos meses sin recibir los sacramentos ni oír sermones, ignorando hasta las verdades capitales de la fe; los misioneros los reunian por las noches en los establos ó á campo raso para instruirlos, y los días de fiesta los llamaban á cualquier iglesia para que asistiesen á las sagradas ceremonias. Vicente mismo recorrió el mundo buscando la ignorancia para instruir, el vicio para corregirle, las virtudes para fortalecerlas, la pobreza para alimentarla; sufrió el martirio del desprecio y de la calumnia, y se vengó de él disuadiendo á la reina de que sitie por hambre á Paris, como ella queria para castigar á esta ciudad.

Le ayudó en gran manera el padre Bernardo, conocido en los hospitales, en las prisiones y en las galeras con el nombre de el *pobre cura*; el cual introdujo las asociaciones de caridad en las parroquias de Paris, promovió la institucion de las Hermanas de la Caridad y la del Refugio para las pobres extraviadas.

Si reflexionamos en que aquellos héroes, ridiculizados por los sabios y bendecidos por el dolor, obraron con independencia los unos de los otros, y sin embargo estuvieron conformes en el fin y en los medios, nos convenceremos de cuán oportunos y aun necesarios fueron en aquel tiempo. Verdad es que el mal no se habia arrancado de raíz, que la falsa filosofia no se habia desterrado de las escuelas, que no habia cambiado la forma de las universidades ni de los cuerpos religiosos en quienes estaba vinculada la instruccion; verdad es que aun las nuevas órdenes se entibiaron ó degeneraron; pero la caridad venia á reprimir los abusos é impedir que la corrupcion llegara al extremo; y á nosotros nos parece que los Católicos han conseguido un indisputable triunfo cuando pueden oponer su reforma de buenas obras y de caridad á aquella otra que dudaba, que negaba y que destruía; y abrigamos una confianza firme, porque se funda en promesas indefectibles, que siempre quedará un Católico para orar sobre la tumba del último disidente.

## CAPÍTULO XXI

Reformadores italianos. — Antitrinitarios.

El carácter de la Reforma se manifestó en Italia antes que en ninguna parte; y si con arreglo á las circunstancias y á su índole fué democrático en Suiza, calixtino con los hussitas, con los valdenses y con los wiclefitas, aristocrático en Dinamarca, y regio en Alemania, se mostró en Italia literato y racionalista. Jordano Bruno, Jerónimo Cardan y otros se habian atrevido á racionar sobre las cosas sagradas; y las dos escuelas de los platónicos y de los aristotélicos, si no hostilizaban á la religion, prescindian de ella, y sostenian en nombre de

la filosofía, ya la mortalidad del alma, ya la inspiración individual; no eran seguramente herejes, sino paganos, como si no hubiese sonado aun la palabra evangélica.

1462-1526. Pedro Pomponazzi de Mantua, admirador de Aristóteles, que se hallaba atormentado con los dolores de Prometeo en la incertidumbre de la verdad, observando que la investigación de esta hace que el vulgo se burle de los sabios, y que los inquisidores los persigan, considera necesaria la duda (1); y se figura que ni los dogmas ni la disciplina de la Iglesia le deben impedir el disputar; tanto mas cuanto que no trata de la metafísica sino de la moral. Así, pues, lanzó los argumentos mas deslumbradores para demostrar que el alma es mortal: ó por mejor decir, que con la razón no puede llegarse á demostrar su inmortalidad, el libre albedrío ni la Providencia; por lo demas se confiesa sumiso á la tradición religiosa, y tiene fe en ella.

1516. En el tratado *De incantationibus* quiere que nos atengamos á la naturaleza, siempre que los razonamientos sean suficientes para explicar los fenómenos por muy extraordinarios que sean, y él mismo lo hace con muchos sucesos prodigiosos y con muchos milagros, excepto los del Evangelio, sirviéndose de las teurgias á que recurrían los aristotélicos por medio del raciocinio y los platónicos de la contemplación. Según él todo está eslabonado en la naturaleza y los acontecimientos del cielo con los de la tierra; por lo cual, las revoluciones de los imperios y de las religiones dependen de las de los astros. Los taumaturgos son físicos consumados que preven los portentos naturales y las ocultas relaciones del cielo con la tierra, y se aprovechan de los momentos en que están suspensas las leyes ordinarias para fundar nuevas creencias; cuando la influencia cesa, cesan los prodigios, caen las religiones, y solo quedaria la incredulidad si nuevas constelaciones no produjesen nuevos prodigios y taumaturgos.

Su obra fué refutada por muchos escritores, y quemada públicamente en Venecia, y sin embargo fué defendida por el cardenal Bembo en la corte del papa Leon. Á la verdad, Pomponazzi era el filósofo mas influyente de su siglo (2); y cuando un profesor principiaba sus acostumbradas explicaciones, le interrumpían los jóvenes gritando: *Habladnos de las almas*, para conocer al momento su opinión en las cuestiones fundamentales. Muchos escritores de aquel tiempo prueban que aquellos pensamientos no eran un hecho aislado; entre ellos Simon Porta, Lázaro Bonamico, Julio César Scam-

(1) *De fato*, III, 7. (De todo esto ha tratado mas ampliamente el señor Cantú en su reciente obra: *Gli eretici d'Italia*. 1866. — 3 tomos.)

(2) MATTER (*Hist. des découvertes morales et politiques des trois derniers siècles*) levantó hasta el cielo á Pomponazzi por haber establecido la ley de la perfectibilidad humana, el progreso de las instituciones y la doctrina de independencia de los tiempos modernos. Son sofismas dignos del que llama *barbara* á la Italia de la época de Leon X.

lígero, Jáime Zabarella y César Cremonino, el cual destruía de un modo terminante y antifilosófico la transacción de Pomponazzi entre la fe católica y la ciencia filosófica, diciendo: *Intus ut libet, foris ut moris est*, y que aun desde el sepulcro trató de protestar contra la inmortalidad, haciéndose él mismo este epitafio: *Hic jacet Cremoninus totus*. Dejando aparte á los demas citarémos á Maquiavelo, que fué el mas famoso, y que no creía en Cristo, aunque sí en la astrología.

Principiada la batalla religiosa, hizo la fama de los literatos italianos que los innovadores de otros países deseasen sus aplausos, y buscasen quien divulgase sus escritos, al paso que los ingenios de Italia deseaban conocer las nuevas predicaciones (1). Francisco Calvi de Menaggio (*Minicio*), librero de Pavia, fué á pedir á Froben de Basilea las obras de Lutero y las difundió por Lombardia; en Venecia se reimprimió sin nombre su explicación del *Padre nuestro* y los *Lugares comunes* de Melancton, nombre que se halla disfrazado en Hippofilo de Terranegra; posteriormente el catecismo de Calvino y el comentario de los salmos por Bucer, con el nombre de Arezio Felino. Del mismo modo circulaban sin inconveniente las obras de Zwingle, con el nombre de Corisio Cogelio, y otras de otros heresiarcas. Las nuevas opiniones se habian difundido tanto entre los militares como entre los estudiantes alemanes que iban á Italia á concluir su educación, y entre los Italianos que pasaban á las universidades de Alemania: Bembo y Sadoletto tenían amistosa correspondencia con Melancton, que era tenido por un gran erudito.

Los innovadores hallaban prosélitos en el gran número que reprobaban los abusos de la corte romana; y se formó un centro en la de Ferrara, adonde Renata de Francia, hija de Luis XII y mujer de Hércules de Este, habia llevado aquellas opiniones desde su patria. En ella recibió á Calvino y á Marot, y tenia costumbre de dar acogida á los disidentes desterrados: aquella pequeña Iglesia duró hasta 1556 (R). Pero la Inquisición empezó á levantar la cabeza y muchos Ferrareses, ademas de los condenados, tuvieron que salir de su patria (2); Francisco Stancaró de Mantua fué á predicar á Polonia; Mateo Gentile y dos hijos suyos profesaron en Oxford y Altorf; á los que hay que añadir Guillermo Gratarola, médico de Bé-

(1) Acerca de la Reforma en Italia pueden verse TIRABOSCHI, tomo X, p. 560; TOMAS MAC CRIE, *Historia de los progresos y de la extinción de la Reforma en Italia en el siglo XVI, con un compendio de la Reforma entre los Grisonos* (en ing.); CANTÚ, *Historia de la ciudad y diócesis de Como*, libro VIII, y *Revolución de la Valtelina en el siglo XVII*.

(2) Olimpia Morata, que habia tenido que huir de allí, escribía desde Heidelberg: « Ferraria: crudeliter in Christianos animadverti intellexi, nec summis nec infinis parci; alios vinciri, alios pelli, alios fuga sibi consulere. » Favorecieron tambien la Reforma algunas otras mujeres, como Manrica de Bresogna, natural de Nápoles, Lavinia Orsina de la Rovere y Magdalena y Querubina, de la misma casa; Elena Rangone Bentivoglio y Julia Gonzaga, condesa de Fondi, á quien Valdes dedicó sus comentarios de los salmos.

gamo y otros muchos del reino de Nápoles (1).

La libertad de desaprobación los actos de la Santa Sede disminuía los rencores, que se hubieran exasperado si hubiesen estado comprimidos. Los Italianos, hombres de imaginación, mal podían recibir un culto que rechazaba las exterioridades, y aquellas artes que formaban parte de las de su patria. Veían que el papado daba importancia á la Italia, que le llevaba dinero, personas, negocios; que todos los príncipes y casas ilustres tenían parientes en las prelaturas y en el sacro colegio; que estos disfrutaban pingües beneficios y ejercían influencia; y que aun los literatos encontraban mecenas y protectores en los papas y cardenales. El interés, que era lo que impulsaba á casi todas las naciones, era precisamente lo que detenía á los Italianos, sobre los cuales vigilaba ademas la autoridad eclesiástica. Estos son, en nuestro concepto, los motivos humanos por los cuales se redujo á un corto número el amor á la novedad, y no participaron de él la plebe ni los príncipes. Sin embargo, se equivocaría el que creyese que no tuvo extensión ni eficacia.

El cardenal Sadoletto se lamentaba de que el papa no hubiese advertido la defección de los ánimos, ni que se hallaban dispuestos á sublevarse contra la autoridad eclesiástica (2); el cardenal Caraffa declaraba á Paulo III que la herejía luterana habia infestado la Italia y seducido, no solo á personas de alta clase, sino hasta muchos sacerdotes (3); y las jactanciosas esperanzas de algunos apóstatas dicen mas aun. En 1536 escribía Paulo III al obispo de Módena que se habia descubierto en Milan una reunión de personas elevadas de ambos sexos, que profesaban los errores de Bautista de Crema (4). Celio Curione de Turin, arrastrado por los libros de Lutero, marchó á Alemania con Juan Cornelio y Francisco Guarino, que despues llegaron á ser ministros protestantes; luego manifestó ideas luteranas en Milan y en el Piamonte, pero no fué obstáculo para que se le nombrase profesor de Pavia (5).

Fray Bernardino Ochino de Siena adquirió tal fama como predicador que Carlos V decía: « Haria llorar á las piedras; » y Bembo: « Hace cambiar á todos de pensamientos; hombres, mujeres, todos se cambian: ¡ qué eficacia! »; y qué elocuencia! Los libros de Lutero le enseñaron á buscar en la Sagrada Escritura lo que halagaba sus pasiones; y porque el papa no le nombró cardenal, principió á declamar contra él y luego temiéndole, huyó á Ginebra. Pero no resignándose á creer á Calvino, como

(1) Acerca de los protestantes de Nápoles puede verse á Giannone VIII, 120.

(2) RAYNALD, ad 1539. Á Renata la llama Brucioli en su dedicatoria de la *Biblia alma santissima*; José Betussi en la adición á las *Mujeres ilustres* de Boccaccio la alaba mucho por su religión, lo mismo que Juan Francisco Virginio de Brescia, al dedicarle sus *Cartas*, llenas de frases protestantes (dice Fontanini), y la Paráfrasis de las epístolas de San Pablo.

(3) SPONDANI, *Ann.* ad 1543.

(4) RAYNALD, *ad. ann.*

(5) STUPANI, *Oratio de Celii Secundi Curionis vita*.

no habia querido creer en la Iglesia Universal, salió de aquella ciudad, aborrecido y perseguido, y de error en error sostuvo hasta la poligamia.

En Bolonia, que era centro de los estudios y de la juventud, propagó las novedades Juan Mollio de Montalcino, del orden de Menores (1533); y aparece de la correspondencia de los señores extranjeros que muchos las aceptaron, y que un caballero estaba dispuesto á levantar seis mil soldados si se hacia la guerra al papa (1). Nació en Florencia el excelente predicador Pedro Mártir Vermiglio, que habiendo conocido los libros de Zwingle, se dedicó á difundir sus dogmas en union de dicho Mollio, estableció una iglesia en Nápoles, otra en Luca y otra en Pisa (2); hasta que hallándose poco seguro, huyó á Strasburgo, donde fué profesor. Tambien huyó de Florencia (1550) Miguel Angel, fraile predicador, que abogó por la Reforma en los Grisonos é imprimió una *Apologia*, « en que se trata de la verdadera y falsa Iglesia, del ser y cualidades de la misa, de la verdadera presencia de Cristo en el sacramento de la comunión, del papado y primado de San Pedro, de los concilios y de su autoridad, etc. »

En Módena, que se halla tan próxima á Ferrara, se habia formado una academia contaminada con los errores luteranos, á cargo del médico Grillenzoni, y en 1540 llegó á aquella ciudad Paulo Ricci, que se hacia llamar Lisias Fileno, y era hombre erudito y decidido por los dogmas reprobados; inspirando tal osadía que por todas partes se hablaba públicamente de él. Habiendo sido preso y conducido á Ferrara, se retractó; pero la semilla creció y se veía especialmente en la burla que se hacia de los predicadores, de tal suerte que ya no se hallaba quien quisiera ir á predicar. Roma acudió á remediarlo y envió un formulario de fe para que los sospechosos le suscribiesen, como lo hicieron algunos, entre otros el obispo Egidio Foscarari, el célebre cardenal Morone y Luis Castelvetro.

Este excelente ingenio habia traducido los *Lugares comunes* de Melancton, que fueron impresos en Venecia y quemados despues por el verdugo. Luego emprendió el miserable litigio de que hemos hablado con Anibal Caro y fué acusado de herejía; por lo cual, culpado ó no, huyó á Chiavenna, donde encontró una honrosa hospitalidad y sepultura (3). En esta misma ciudad vivió largo tiempo Jerónimo Zanchi, canónigo regular de Alzano, natural de Bérgamo, que imprimió en Ginebra seis volúmenes de

(1) SECKENDORF, *Historia luteranismo*, t. III, p. 68, 69, 579.

(2) SIMLERI, *Oratio de vita P. M. Vermiglii*, viij.

(3) La piedra de su sepulcro, que aun se conserva, dice: « Dum patriam ob improborum hominum savitiam fugit, post decennalem peregrinationem tandem hic, in libero solo liber moriens, libere quiescit. » En 1823 se encontraron emparejados en una casa del ducado de Módena que habia pertenecido á los Castelvetro unos sesenta libros de reformados, de las primeras ediciones, los cuales fueron adquiridos para la Biblioteca de la casa de Este. Los manuscritos que los acompañaban se dejaron perder.

Pedro Mártir.

Castelvetro.

obras teológicas, con los cuales adquirió tal fama que se decía bastaba el solo para combatir con todos los padres de Trento. Allí vivió y murió también Agustín Mainardi, de la orden de San Agustín, que escribió *La anatomía de la misa y la satisfacción de Cristo*. Jacobo Acconció de Trento, jurisconsulto, huyó con el Romano Francisco Betti á Zurich y luego á Strasburgo, teniendo repetidas pruebas de aprecio de Isabel de Inglaterra, á quien dedicó sus famosas *Estratagemas de Satanas respecto de la religion* (Basilea 1565), traducidas en muchas lenguas y donde trata de introducir una mutua tolerancia entre las sectas.

P. P. Vergerio. 1565.

Ya hemos mencionado á Pedro Pablo Vergerio, que siendo nuncio del papa se lisonjeó con la idea de convertir á Lutero. Habiendo vuelto mal recompensado además de haberse hecho sospechoso, fué enviado de obispo á Capodistria, su patria, donde se dedicó á corregir los abusos de los eclesiásticos; lo cual pareció una impiedad á sus émulos, especialmente á Muzio y á Monseñor de la Casa, que denigraron su conducta. Se presentó en el concilio de Trento, y como no consiguiese ser oído, huyó á Valteolina, y el despecho y la necesidad le trasformaron en un ardiente innovador: escribió con gran violencia contra los prelados y el concilio, y predicó con muy buen resultado la Reforma. También hubo otro Vergerio, Juan Bautista, obispo de Pola, que apostató.

El señor Panizzi, en la edición inglesa del *Rolando enamorado* publicó de nuevo un folleto del viejo Vergerio (Basilea 1554), en que asegura que Berni se había servido de aquel poema como de velo para dar curso á las nuevas doctrinas, las cuales sin embargo se perdieron después de la muerte del autor; y aduce diez y ocho estancias que forman el prólogo del vigésimo canto, en sentido enteramente protestante, de lo cual deduce el editor que las ideas luteranas eran comunes en la clase culta de Italia, lo mismo que hoy las liberales. Esta es una prueba falsa pero no nueva, porque otros han querido considerar como reformados á Trisino, Alamanni, á Manzolli por el *Zodiacus vitæ* lleno de invectivas contra el clero, á Victoria Colonna y otros muchos, confundiendo malamente á los que reprobaban los abusos, con los que proclaman la protesta fundamental de la razón individual, tomada como único intérprete del código sagrado. Pallavicino habla de Marco Antonio Flaminio como de quien está verdaderamente unido á aquellas doctrinas, y « sucede que al fin de sus años la saludable conversacion que ha tenido con el cardenal Polo, le ha hecho arrepentirse y escribir y morir católicamente. »

De los muchos á quienes se acusaba de herejía algunos hablaban mal de la corte de Roma sin querer por esto destruirla; otros pedían una reforma del clero; otros la depuración del culto; otros emitían de palabra ó por escrito errores de que si era culpable el entendimiento, no lo era la voluntad. Los que con intención

iban en pos de las novedades, se inclinaban más á Zwingle que á Lutero, porque aquel había escrito en latín y era más lógico; pero en breve se presentó la cuestión de la presencia real, y Lutero, á quien preguntaron los innovadores de Venecia sobre el asunto, contestó con injurias contra Zwingle y Ecolampadio, llamándoles doctores contagiosos y falsos profetas.

Venecia conservó siempre su orgullo con los pontífices (1), y sus habitantes decían que « antes eran Venecianos que Cristianos », llegando la sombría política de aquella aristocracia hasta temer que los sacerdotes adquiriesen influencia en la plebe por medio de sus virtudes (2). La libertad de comercio por la cual los Armenios, los Turcos y los Judíos eran igualmente bien recibidos, favorecía la indiferencia en materias de religion, que allí era muy general en aquel tiempo. Brucioli publicó en Venecia su Biblia en lengua vulgar en sentido luterano; en la misma ciudad predicaba Ochino; Pedro Mártir Vermiglio vivió largo tiempo en Padua; en Treviso se formó una academia de innovadores, y otra en Vicenza, donde en 1546 tuvieron una reunión cerca de cuarenta, los cuales llevaban la Reforma mucho más allá de los límites de los protestantes. En 1520 escribía el caballero alemán Burcardo Scenti á Spalatio, capellan del elector de Sajonia, que Lutero era estimado en Venecia, y que sus libros circulaban por la ciudad aunque los había prohibido el patriarca; que el Senado no quería permitir la publicación de la excomunión contra Lutero, y no lo hizo hasta que el pueblo salió de la Iglesia (3). El mismo Lutero se congratulaba de que tantos de aquella ciudad hubiesen acogido la palabra de Dios (4), y tenía correspondencia con el docto Santiago Ziegler que la seguía con un calor extraordinario; al paso que desde allí se dirigían exhortaciones á Melancton para que no vacilase en la fe ni frustrase las esperanzas de los Italianos (5). Trabajó mucho para propagar la Reforma Baldo Lupetino de Albona, por cuyo consejo huyó á Alemania el Ilirico Mateo Flacio, su pariente, donde

Los reformados en Venecia

Sarpi. 1552-1623.

ocupó un lugar preferente en las Centurias magdeburguesas. Baltasar Altieride Aquila, que se hallaba establecido en Venecia y era agente de muchos príncipes alemanes, difundió los libros y las ideas; y tanto crecieron que en 1538 Melancton exhortaba al Senado á que permitiera se estableciese una Iglesia (1).

El autor del *Discurso aristocrático sobre el gobierno de los señores venecianos* asegura que, cuando muere un luterano ó calvinista está, permitido enterrarle en la iglesia, y los señores párrocos no ponen impedimento. Y añade: « No he conocido nunca ningun Veneciano sectario de Calvino ni de Lutero, pero sí de Epicuro y de Cremonini, que era profesor en la primera cátedra de filosofía de Padua, y que asegura que nuestra alma proviene de la virtud del semen, como las de los animales brutos, y por consecuencia es mortal. Los partidarios de estas infames ideas son los más notables de esta ciudad, y especialmente muchos que intervienen en el gobierno. »

Á nadie se cuenta con más razón entre los protestantes que á fray Pablo Sarpi, servita veneciano. Era uno de los más aventajados ingenios de aquella edad, y sus setecientos pensamientos manuscritos manifiestan cómo pensaba en geometría, álgebra, astronomía, física, mecánica, areometría, arquitectura y magnetismo. Como era teólogo de la república veneciana, tuvo que examinar el derecho en el litigio que esta seguía contra el papa, y trató de disminuir con razones y autoridades el derecho de este para mezclarse en los asuntos civiles; y aunque escribió tales cosas por mandato de otro (2), llegó á entusiasmarse de modo que su distintivo más marcado fué la aversión á la Santa Sede. El atacar á esta no era prueba de valor en una república que siempre estaba en pugna con las pretensiones papales: por lo demás al insultar al papa, adulaba á Felipe II, aplaudiendo el que hiciera esclavas á Europa y África, y redujera á un pueblo la ciudad de Paris; se mostraba como esclavo de los nobles de un país, mientras pasaba por un pensador independiente, y usurpó los honores del valor, lisonjeando á aquellos y á las opiniones interesadas.

De qué manera pensaba respecto de la libertad, nos lo dicen claramente unas constituciones que escribió para su orden, en las cuales no tiene reparo en recurrir hasta el tormento; y también lo demuestran los procedimientos tiránicos que aconsejaba al gobierno. Le desagradaba la autoridad de los Cuarenta, en cuyo tribunal se juzgaba después de oír los escritos á los abogados, y decía que la toleraría cuando mas en las causas civiles; en las criminales

(1) *Epistola*, col. 150.

(2) Crisellini, en la vida ó más bien apología de Fray Pablo, dice que este, « después que fué elegido consultor, no emprendió jamás ninguna obra sin que en ella resultase interés público, es decir, para defender el soberano derecho del principado, ó para autorizar la santidad de sus órdenes » pág. 78, y dice también de otras obras: « Fué emprendida por el autor para bien; » pág. 101 y passim.

quería que todo fuese de atribución del consejo de los Diez, que excluía todo debate (1). Ya hemos dicho con cuánta infamia aconsejaba que se oprimiese á las colonias de Levante; quería que á los Griegos, cual si fuesen bestias salvajes, se les limasen los dientes y las uñas, que se les humillase á cada paso, que se les quitase toda ocasión de aguerrirse, y que se les diese pan y palos, dejando la humanidad para otras ocasiones; que se procurase despojar de sus privilegios á las ciudades de las provincias de Italia, y empobrecer á sus habitantes para que sus bienes fuesen comprados por los Venecianos; que á aquellos que en los consejos municipales se mostrasen más entusiasmados, se les perdiese ó se les ganase á cualquier precio; y si entre ellos se hallaba algun jefe de partido, se le exterminase con cualquier pretexto, evitando servir de la justicia ordinaria; el veneno, según él, es menos odioso y más útil que el verdugo. El mismo dice que « de pocos años á esta parte salen todos los días multitud de libros que enseñan que no hay otro gobierno de Dios más que el eclesiástico; que el secular es profano y tiránico al mismo tiempo que una persecución contra los buenos permitida por Dios; que el pueblo no está obligado en conciencia á obedecer las leyes seculares, ni á pagar tributos, ni otros gravámenes públicos; que siempre que se pueda hacer una mala acción sin ser descubierto, es lo mismo que si se hiciese buena; que las gabelas y contribuciones públicas son en su mayor parte inicuas é injustas, y los príncipes que las imponen están excomulgados; en una palabra, que los príncipes y magistrados están representados y puestos, en concepto de los súbditos, por impíos, excomulgados é injustos; que es necesario tenerlos á la fuerza, pero es lícito en conciencia hacerlo todo para sustraerse de su tutela. » Y concluye proponiendo una ley restrictiva sobre imprenta.

Le siguió fray Fulgencio Micanzo de Brescia, que predicaba con tal ardor que el médico Asselino, entusiasmado con sus palabras, decía: « Parece que Dios ha dado á Italia otro Melancton ó un nuevo Lutero (2). »

Fray Pablo, en el libro titulado *Consuelo del alma en la tranquilidad de la conciencia, sacado del buen modo de vivir en la ciudad de Venecia en el interdicto del papa Paulo V*, expone las cuestiones siguientes: 1ª Si el pontífice y la Iglesia tienen autoridad para excomulgar. 2ª Quiénes sean las personas sujetas á excomunion y las causas por qué se los impone. 3ª Si la excomunion es apelable. 4ª Quién es superior, si el pontífice ó el concilio. 5ª Si por razón de excomunion el príncipe legítimo puede ser privado de sus propios Estados. 6ª Si se incurre verdaderamente en excomunion por impedir la libertad eclesiástica. 7ªCuál sea esta

(1) « Opinión de Fray Pablo acerca del modo de gobernar la república para tener un perpétuo dominio etc. »

(2) *Mémoires de Duplessis Mornay*, X, 292. (Paris, 1825.)

(1) En Fray Pablo Sarpi, especialmente en sus cartas á Prini, embajador cerca de César, se ve que la república veneciana respetaba poco las inmunidades eclesiásticas. Habiendo publicado un fraile en Orzi un libelo contra el tribunal de Venecia, este le mandó arrestar quitándole de la mano el Santísimo que él había cogido para mayor seguridad. Condenado á muerte un sacerdote de la Marca de Ancona, mandó el gobierno al patriarca que le degradase; mas como este anduviera indeciso, propusieron algunos en consejo que se le diese orden terminante para que lo ejecutara, y otros dijeron que de esta manera se retardaría en lo sucesivo el curso de la justicia, y por tanto que se le enviase al suplicio sin degradarle. Sarpi propone la siguiente cuestión: « Si el excelso consejo de los Diez debe examinar á los reos eclesiásticos con la intervención del vicario patriarcal, y sostiene que no. »

(2) « La razón de Estado no permite que sus sacerdotes sean ejemplares, porque serían demasiado respetados y que ridos de la plebe. » *Discurso aristocrático sobre el gobierno de los señores venecianos*. Venecia, 1670, p. 116.

(3) SECKENDORF, *Hist. luteranismo*, tom. I, pág. 115 y 116.

(4) LUTHERS, *Samtliche Schriften*, tom. XXI, pág. 109 (edic. Walch); MELANCTON, *Op. col.*, 898, 835, etc.

(5) CELESTINI, *Act. Comit. Aug.* tom. II, p. 274; tom. III, pág. 48.